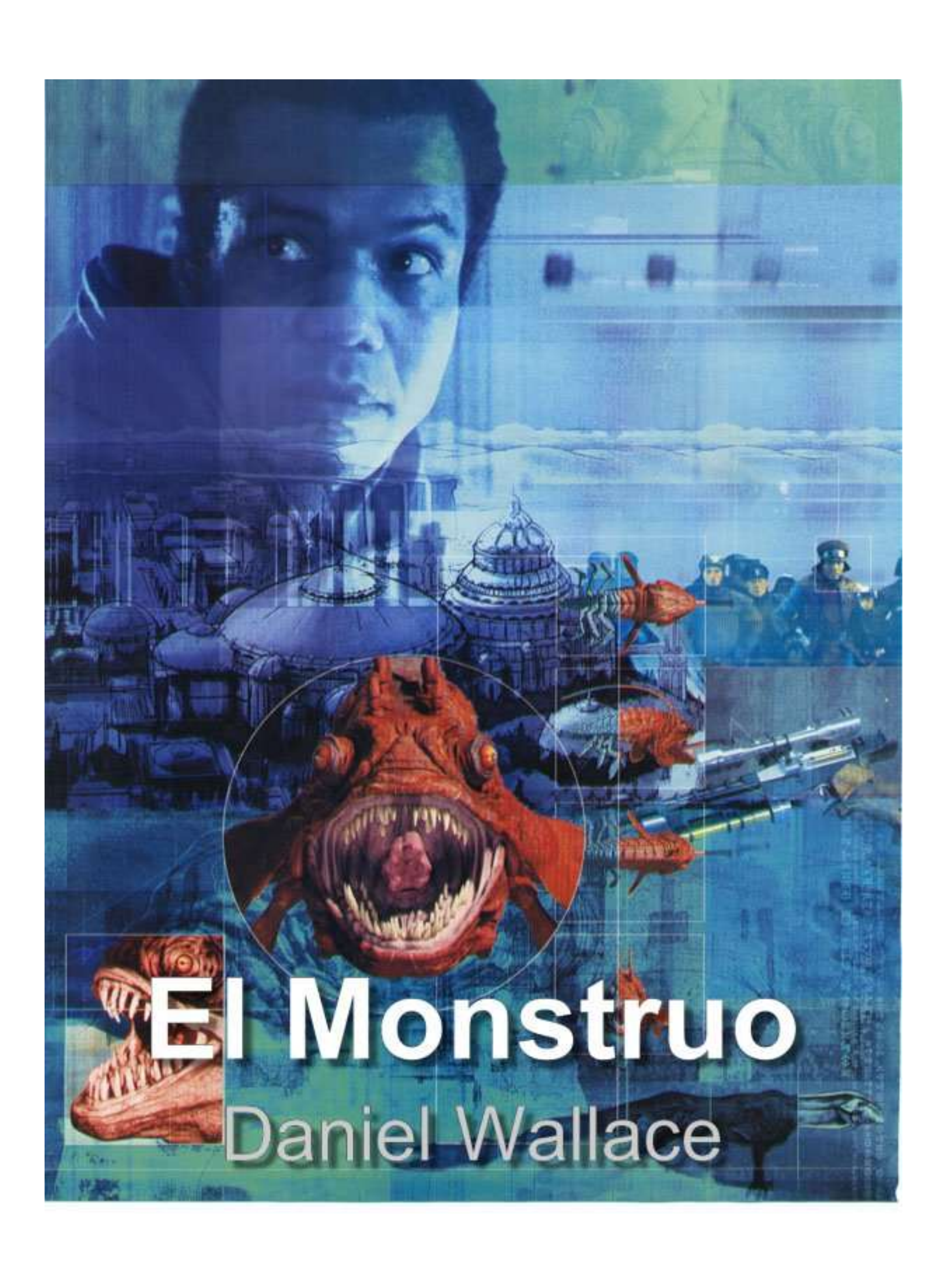

El Monstruo
Daniel Wallace

Un antiguo leviatán ayuda a la Fuerza de Seguridad Real de Naboo a desvelar una siniestra conspiración.



El Monstruo

Daniel Wallace



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *The Monster*

Autor: Daniel Wallace

Arte de portada: Ole Sørensen

Publicado originalmente en *Star Wars Gamer #2*

Publicación del original: 2002

36 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Jawa

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

18.04.20

Base LSW v2.22

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

El monstruo estaba a punto de desvelar un secreto, pero no lo sabía.

El monstruo colgaba suspendido en el espacio, una infinidad negro-azulada en todas direcciones. Pero no estaba en el espacio. El monstruo barrió con su carnosa cola y plegó las patas contra su cuerpo mientras se elevaba por la columna de agua.

El monstruo era enorme. A pesar de la ausencia de un fondo que diera pistas comparativas, su inmenso poder era evidente en el ancho de sus hombros y la mordida de su mandíbula sobresaliente. El monstruo tenía el cuerpo elástico de un gato colmilludo y el cuello serpentino de una anguila. Su gran tamaño lo hacía parecer aún más una criatura del vacío, pues parecía imposible que los océanos de Naboo pudieran albergar a semejante leviatán.

Había vivido por siglos, gobernando los reinos de la profundidad con el perezoso desdén del poder absoluto. Los reverentes susurrantes de la superficie, unos meros moradores del polvo, lo llamaban sando acuamonstruo.

Pero incluso las más poderosas fortificaciones terminan por desmoronarse. Al observar más detenidamente, era claro que las pupilas del monstruo se habían vuelto lechosas con la edad. Sus miembros se sacudían con tics involuntarios. Sus agallas se deshilachaban como encajes harapientos.

El monstruo estaba muriendo.

Un par de opees asesinos del mar, de grandes ojos y llenos de dientes, aparecieron nadando desde lo azul. Seducidos por el hedor de la muerte, los dos peces parecidos a cangrejos, se impulsaron adelante, con las bocas abiertas y erizadas. Los dos opees arrancaron trozos de carne del flanco del monstruo, cuando el depredador de repente se convirtió en la presa.

Demasiado cansado para luchar contra sus ágiles enemigos, el monstruo agitó su enorme cola, elevándose y alejándose rápidamente. Los tenaces opees se aferraron a su estela, sus narices probaban la cinta de sangre que se derramaba del flanco del monstruo.

El monstruo ahora estaba más arriba. Haces de luz blanca se abrían paso desde la superficie. Un grueso banco de dagüelas se separó en la corriente generada por el monstruo como vapores esparcidos en el viento.

Un opee nadó cerca y sacó con fuerza su lengua pegajosa. Un instante después, la cola del monstruo retrocedió a mitad de su movimiento, golpeando al pez más pequeño en un lado de la cabeza. El opee muerto se hundió, abdomen arriba, en las oscuras aguas de las profundidades.

El segundo opee continuó la cacería, siguiendo de cerca por la estela dejada por el monstruo. Nadaron sobre una serie de columnas rocosas que guardaban un paisaje submarino de cimas y fosos. Cortinas de glie verde flotaban a la deriva, atrapando la luz exterior que las hacía brillar como si estuvieran tejidas con esmeraldas.

El opee nadó hacia arriba y luego se lanzó en picada como un pájaro bombardero, arrancando un pedazo del lomo del monstruo. Su grito de dolor haría eco hasta la mitad del océano antes de disiparse. Cegado por la rabia y el dolor el monstruo ascendió violentamente con un esfuerzo delirante.

Se sorprendió mucho cuando llegó a la superficie.

El monstruo voló por el aire, su piel mojada brillaba. Caer fue una sensación extraña para él. Aterrizar con fuerza sobre una planicie sólida fue una completamente nueva.

Ciento ochenta toneladas de carne golpearon la playa con un desgarrador ruido sordo. Los huesos se partieron como ramas debajo de una sábana mojada. Aturdido, el monstruo aspiró profundamente el desconocido aire en sus pulmones compuestos. Pateaba la arena con sus garras delanteras, pero no podía moverse por sí mismo.

El monstruo siempre había sido una criatura de misterio y amenaza. Ahora estaba indefenso.

Aun así algo más era visible, donde el monstruo había rasgado la arena. Profundamente en la tierra, brillando contra el oscuro lecho de roca, el plateado del duracero rasguñado destelló con el sol de la mañana.

La mítica criatura había revelado una guarida de sombras. Ninguno de los dos había sido visto jamás por forasteros.

Antes de que acabara el día, eso cambiaría.

• • •

—¡Panaka! ¡Lo veo!

La llamada se transmitía agudamente en la oreja del Teniente Panaka a través del comunicador incorporado al casco. Pesados pasos apurados sonaban sobre la cabeza de Panaka a través del piso, acompañado por el inconfundible brapp brapp de una pistola bláster. Panaka maldijo silenciosamente. Supuestamente debían capturar al sospechoso, no matarlo. Bialy conocía su entrenamiento mejor que eso.

Panaka bajó cuidadosamente por la desvencijada escalera de madera, luchando por ver en la oscuridad del sótano de perfumes. Ahora que la situación había degenerado en un tiroteo, se arrepintió de no haber estado arriba para actuar como refuerzo de Bialy. Pero fue su decisión la de separarse y conducir al objetivo a una emboscada. Fue instruido en esta táctica en el Gremio de Rastreadores en Tolan por un disciplinado zabrak al que todavía recordaba con respeto. Panaka odiaba pensar que la táctica pudiera tener un error. *No,* pensó, *la táctica es sólida. Si falla, es sólo porque yo me equivoqué al aplicarla*.

Las botas de Panaka tocaban suavemente en los escalones. El cuero de su uniforme de Seguridad Real crujió cuando levantó la pistola bláster S-5 hasta debajo de su oreja derecha. Arriba, las cosas se habían vuelto inquietantemente silenciosas. Consideró usar el comunicador con Bialy, pero no quiso interrumpir cualquier ventaja que el silencio pudiera proporcionar.

De arriba vino un estrépito, un golpe sordo y una llamada de pánico en el comunicador: «Panaka, ahí viene, ahí viene»… y fuertes pisadas en las tablas del suelo. Panaka sacó su bláster apuntando por la puerta del sótano hacia el tope de la escalera. Su dedo índice suspendido sobre el gatillo del disparador del dardo anestésico.

La violencia pura del impacto lo asombró. Con un tremendo golpe la puerta voló de sus bisagras. Panaka se tiró de cara al suelo y alzó su brazo sobre su cabeza al tiempo que la puerta cayó sobre él. El aplastante peso de un cuerpo cayó encima de la puerta, luego repentinamente se alzó. Panaka gruñó de dolor por el apretón contra el suelo, entonces empujó la puerta a un lado de la escalera. Se puso de cuclillas, arma en mano. La puerta golpeó el suelo del sótano con un traqueteo.

No había señal del sospechoso. El sótano de la Perfumería de Puerto Landien estaba oscuro, con muchas esquinas ocultas entre las altas estanterías. Pero como todas las perfumerías, este sótano estaba equipado con una depresión para desagüe, por el cual fue como Panaka entró en la habitación en primer lugar para preparar su emboscada. Si no alcanzaba la depresión antes que su presa, el perseguido se había escapado.

Panaka saltó del lado de la escalera. Sosteniendo su bláster con las dos manos avanzó rápidamente a través de los estantes de fragancias que se estaban añejando.

Estaba a mitad de camino hacia la depresión del drenaje cuando vino el ataque. Conforme pasó un hueco formado por la intersección de tres estantes, a lo que podría haber pasado por una pila de trapos en el suelo de piedra le crecieron brazos largos con dedos ganchudos. Saltando de su posición fetal, un gungano se lanzó contra su pecho.

Panaka giró su arma alrededor, pero el gungano agarró las muñecas de Panaka antes de que pudiera apuntarle. Panaka cayó de espaldas, relajando su cuerpo a mitad de caída. Esperaba poder darle una voltereta en el aire al gungano, pero inesperadamente chocó contra un estante de perfumes. Vidrios y líquido llovieron sobre él mientras se deslizaba al suelo.

El gungano, llamativas rayas marrón y amarillo definiendo su enjuto físico, golpeó las muñecas de Panaka contra el frío suelo. La S-5 rodó fuera de su alcance. Los dos oponentes forcejearon en un enredo en el suelo, sus músculos se esforzaron para hacer palanca. Panaka repentinamente tiró su mano izquierda hacia adentro y puso su peso hacia el mismo lado, haciendo un giro que lo dejó encima del gungano. A pesar de la ventaja todavía no podía librar sus brazos del vicioso agarre de su atacante.

Panaka sabía que los gunganos eran fuertes. Este era aparentemente más fuerte que la mayoría. Sus muñecas hicieron un ruido seco cuando el radio y el húmero se unieron. El rostro de Panaka era una máscara deforme de esfuerzo y sufrimiento. El gungano le hizo una mueca. Sus rostros estaban separados por meros centímetros.

Con un crujido húmedo, la lengua prensil del gungano se disparó hacia afuera. Golpeó la nariz de Panaka con un agonizante chasquido y se contrajo bruscamente. Un segundo relampagueante pinchazo aplastó la blanda carne de debajo del ojo izquierdo de Panaka, llevándose un pedazo de piel con ella. El tercer pinchazo de lengua golpeó el ojo

izquierdo de Panaka y se quedó pegada ahí. El gungano viendo que el adhesivo quedó fijo, empezó a succionar la lengua de nuevo a su boca.

Panaka hizo lo único que podía, arrojó su cabeza hacia adelante con todas sus fuerzas, chocando directamente contra el hocico del gungano. La fuerza del golpe aplastó el elástico cartílago facial del gungano, chocando los dientes superiores contra los inferiores con un sonoro chasquido. La lengua atrapada entre ellos.

El gungano aulló de dolor. Panaka arrojó su cabeza hacia adelante por segunda vez, golpeando a su atacante justo en medio de los zarcillos oculares. El gungano relajó su apretón y su cuerpo se puso flácido.

Sosteniendo una mano sobre su pulsante ojo. Panaka se sentó lentamente. Detrás de él vino el escandaloso descenso de Bialy por las escaleras.

Pedazos de transpariacero roto yacían en el suelo como un campo minado de hielo. Una laguna de perfume encharcado alrededor de sus rodillas. Panaka arrugó su nariz por el olor, y fue recompensado con un fresco goteo de sangre proveniente de sus fosas nasales.

Habían atrapado a su objetivo, pero por ahora todo en lo que Panaka pensaba era en una venda y una ducha.

● ● ●

La Sargento Bialy cargó al aturdido gungano en la parte trasera del velotransporte Flash y lo aseguró con una red de contención. Grilletes electrónicos inutilizaron al sospechoso en tobillos y muñecas.

Panaka esperaba que la frescura del día lo animara, pero el sol de la mañana sólo irritaba su hinchado ojo mientras el calor sacó el hedor de perfume en oleadas que lo dejaron mareado. Las esencias que llevaba su uniforme de la Fuerza de Seguridad Real podrían costar las riquezas de un monarca si se compraban individualmente, ya que la gente de Naboo codiciaba los perfumes en la manera en que otras culturas valoraban vinos finos. Pero los aromas de la perfumería cuidadosamente hechos de almizcle y flores Milla estaban secos en una pegajosa mezcla de un extremo a otro del chaleco de cuero de Panaka. Exhalando una esencia definitivamente desagradable e imposible de identificar.

Bialy se quitó el casco y se limpió la frente con una mano mientras caminaba hacia Panaka.

—¿No crees que deberíamos volver a Theed? Estamos empezando a atraer público.

Panaka echó una ojeada alrededor. La Perfumería de Puerto Landien estaba localizada en la zona menos poblada de las afueras del pueblo, pero un granjero estaba guiando a un niño pequeño sobre la colina más cercana, sin duda para echar un vistazo a este inusual criminal. Panaka frunció el ceño. Él era un oficial de la Fuerza de Seguridad Real, no un animador de un carnaval. Panaka se puso tras el timón del velotransporte y encendió los motores. En el momento en que Bialy le acompañó en el asiento de disparo, él apretó el acelerador y salió hacia el camino de tierra dejando una nube de polvo.

El viento ayudó a quitarse el tufo aromático que tenía pegado. Panaka miró hacia atrás. Su prisionero contemplaba el paisaje con desánimo.

—¿Crees que tenía un cómplice? —le preguntó a Bialy.

—Panaka, ya te dije que no lo sé —dijo Bialy alzando las manos palmas arriba—. Yo nunca disparé. Alguien me disparó a mí dos veces. Si fue el gungano de algún modo hizo desaparecer el arma. Y si fue un cómplice, no lo encontramos en ninguna parte.

Panaka hizo un gruñido. Odiaba dejar el asunto sin resolver, pero las instrucciones de la oficina de Fuerza de Seguridad Real en Theed eran muy claras. La Capitana Magneta quería al sospechoso bajo custodia enseguida.

Medio kilómetro más adelante, la pequeña figura de un pastor de shaak se hizo visible, parado en el medio del camino y haciendo señas para que se detuvieran. Panaka escudriñó las verdes colinas cuidándose de una emboscada. Dirigió el velotransporte a unos veinte metros del rebaño del pastor y redujo la velocidad a un casi imperceptible avance, listo para acelerar los motores a la primera señal de problemas. Dándole una señal al pastor de que continuara, Panaka observó los animales con cuerpo de globo del pastor arrastrarse cruzando uno a uno el camino enfrente de él.

—Ni siquiera lo pienses, gungano —dijo hacia la parte trasera. El gungano no respondió. Panaka se preguntaba si la herida de su lengua le impediría hablar.

Los shaak, desgreñados y con lana de mitad de verano, deambulaban a través del camino, el pastor alzó la mano dando las gracias mientras Panaka volvía a velocidad de crucero. Bialy se volvió en su asiento para devolver el gesto al pastor.

—¿Entonces, gungano? —dijo Panaka—. ¿Tenías un amigo allá en el Puerto?

El gungano mantuvo su voz baja.

—Misa no dicir nadia.

—¿Tenías un amigo con un bláster? —Panaka flexionaba sus manos en el timón—. Tratar de matar a un oficial de la Seguridad Real está a años luz del vandalismo y robo, amigo. Podemos presentar cargos de intento de asesinato a un protector Real. Para un juez de Naboo, eso está a un paso del regicidio.

El gungano miró a Bialy, luego a Panaka.

—Misa no tiene bláster, misa no ha hechio nadia.

—Tenemos testigos que informaron sobre un gungano deambulando sospechosamente por su pueblo —respondió Panaka—. Crímenes fueron cometidos al mismo tiempo. Mucha gente te vinculará como su probable sospechoso.

El gungano rió.

—Para elios, misa úniquio crimen es ser un gungano.

Panaka sacudió su cabeza. Típico.

El ánimo cínico desapareció del rostro del gungano. Escupió algo de sangre hacia afuera.

—Ustedies no saben que istan haciendio —dijo con tristeza.

Bialy se volvió en su asiento.

—¿Qué quieres decir?

—Ustedies piensian que hacien bien. Pero lo que ustedies hacien es terrimalo.

—Te importaría ser específico —ofreció Panaka.

—No a tusa, no confío en tusa.

—Como quieras.

El gungano se recostó en el asiento trasero y soltó un pesado suspiro.

—Muy muy mucho malo para su mundio. Muy mucho malo para ustedies.

Panaka frunció el ceño.

—¿Es eso una amenaza?

—No no, no es amenazia. Es la vierdad. Nadia puedien hacier ustedies para cambiar esio —miró hacia los grilletes que ataban sus muñecas—. Ahoria, misa no puedie hacer nadia tampoco.

• • •

Scrip scrip scrip.

Panaka sostuvo el ganchillo entre su pulgar y su índice, torciéndolo para alcanzar el contenido de cable líquido del cilindro. El pequeño cartucho normalmente contenía una sustancia en spray que se endurecía en un continuo carrete de cuerda al dispararlo. Desafortunadamente, el cartucho se atascaba con facilidad.

Scrip scrip scrip.

El sonido parecía bastante ruidoso, ahí en los vacíos confines del departamento de las oficinas de la Fuerza de Seguridad de Naboo. Panaka estaba sentado en un banco enfrente de su casillero, el tablero de asignaciones de la semana pasada apoyado en sus rodillas como una improvisada mesa. Diversos componentes de su pistola bláster S-5 descansaban dispersos sobre la superficie del tablero.

De hecho, Panaka no sabía que parecía más ruidoso, el rasguño del ganchillo o el silbido que él hacía al exhalar a través de la envoltura de bacta sobre su nariz rota. Un parche de bacta más pequeño cubría el área enrojecida debajo de su ojo izquierdo. El médico del Palacio que lo trató ordenó a Panaka tomarse el resto del día libre. Pero Panaka no tenía ninguna razón para ir a casa. Estaba sentado solo en la habitación, contento por el momento con el sencillo reto de desatascar un artefacto. La luz se derramaba hacia la habitación por una fila de ventanas abiertas, que daban a una estrecha avenida y a un embarcadero en la costa del río Solleu.

Panaka colocó el cilindro entre sus palmas y las frotó rápidamente hacia adelante y hacia atrás. Calentar el cartucho normalmente aflojaba la seca sustancia de adentro. Tomó el ganchillo y continuó el *scrip scrip scrip* de la limpieza.

Con un cuidadoso rasguño Panaka sustrajo un hilo del spray seco de los mecanismos internos del cañón. Con la limpieza completa, empezó a ensamblar las piezas del rompecabezas de su S-5. La pistola bláster era ya un arma pesada, cargada con dos miras más grandes de lo normal y un cartucho de dardos anestésicos. Si el prototipo del disparador de cable líquido de Panaka fuera convertido alguna vez en equipo estándar

tendría que ser lo suficientemente pequeño para que no interfiriera al apuntar y disparar con el S-5. Y tendría que dejar de atascarse.

Panaka estaba decidido a hacerlo funcionar. Un gancho de agarre en una línea de cable líquido permitiría a los oficiales hacer rappel por los edificios y evacuar al Rey en caso de emergencia. Sus clases antiterrorismo le enseñaron que la diferencia entre la vida y la muerte es usualmente cosa de segundos.

La puerta del despacho se abrió deslizándose hacia el techo. DuKane, un atractivo y bigotudo oficial con ojos oscuros y expresivos, caminó a través de la entrada llevando una sonrisa. Su cara se iluminó cuando vio a Panaka.

—Acabo de ver a tu gungano, Panaka, así que por supuesto tenía que venir a verte —gritó DuKane entre risas—. ¡Y es verdad! ¡Te ves peor que él!

Panaka le dio una sonrisa rápida, apretada y falsa. No dijo nada.

DuKane tomó su casco de su casillero.

—El perfume fue un toque perfecto. Todavía puedo olerlo desde aquí. Me recuerda a mi abuela.

—Esa perfumería perdió docenas de botellas de existencias de la era Monticano. —Panaka deslizó la mira auxiliar del S-5 en su soporte—. Es duro para los dueños.

—Sí, bueno, Panaka, no te metas en problemas. —DuKane se dirigió hacia la puerta—. El Rey Veruna recibió a un visitante de Coruscant. El extranjero está con la Capitana ahora mismo. Y parecen muy interesados en tu gungano. —Leyendo el escepticismo de Panaka, agregó—: Fuera bromas esta vez. Mantente tranquilo. —La puerta se selló detrás de él, dejando la habitación en silencio una vez más. Los hombros de Panaka visiblemente más relajados.

Por su naturaleza, los oficiales de seguridad eran un equipo firme. Forzados a mantener una imagen profesional entre los ciudadanos de Naboo, oficiales reunidos en las horas libres para reventar en chistes vulgares y salvajes bromas pesadas. Esta era la cultura oculta de la estación principal. Una cultura que Panaka encontraba completamente ajena.

No era porque no lo hubiese intentado. Pero mientras Bialy lanzaba insultos juguetones con facilidad, Panaka se ponía sumamente rígido y falso cuando discutía alguna cosa que no fuera relacionada con su trabajo. Los oficiales y compañeros de Panaka lo frustraban de una manera que ningún enemigo podía. No importaba cuan duro estudiara, él nunca sería su compañero de juerga. No importaba cuan largo entrenara, nunca podría regalarles con inverosímiles historias bebiendo en una taberna.

Si no podía ganar su amistad, entonces ganaría su respeto. Panaka tuvo años de educación de élite fuera del planeta. Muchos de ellos jamás habían salido de Naboo. A través del peso total de su competencia él inspiraría su admiración, y la reforzaría todos los días por medio de nunca jamás desviarse de dar un excelente ejemplo. Él era un teniente ahora, pero no lo sería por mucho tiempo. Y la Capitana Magneta, con todas sus habilidades, no podría ser el jefe de las Fuerzas de Seguridad por siempre.

Panaka alineó el perno magnético del cartucho de cable líquido y lo calzó en su lugar. La cámara prototipo de la S-5 brotaba como un pontón aparejado justo sobre el cañón y ligeramente fuera de centro para que no bloqueara la mira. Panaka elevó el arma ensamblada y la observó a lo largo tomando nota del peso añadido.

Su comunicador crepitó.

—Aquí Panaka —anunció, enfundando la S-5.

—Teniente, soy la Capitana Magneta. Repórtese en mi oficina inmediatamente.

• • •

Como la mujer que la ocupaba, la oficina de la Capitana Magneta era austera e intransigente. Completamente escueta salvo por un escritorio, una silla y un holograma familiar, la habitación parecía más una celda que un lugar de trabajo. Panaka estaba de pie en posición de firmes, sin ser tomado en cuenta, mientras Magneta hablaba en voz baja con un hombre vestido de negro.

Finalmente Magneta se volvió y lo tomó en cuenta. Una mujer alta con rasgos parecidos a los de un halcón, mantenía su cabello blanco recogido en una corta y ajustada trenza. Las placas metálicas de su uniforme de Capitán, destellaban recién pulidas.

—Primeramente, Teniente, déjeme felicitarle por su arresto. Naboo está salvo gracias a sus acciones.

—Gracias, Capitana —respondió debidamente—. Por supuesto no lo hice solo. La Sargento Bialy fue mi compañera en esta misión.

—Esperaba que dijera eso, Teniente, pero sé que no lo dice en serio —Magneta le recordó sagazmente—. Bialy es una excelente oficial, pero conozco su educación, Teniente. Yo reconozco sus cualidades: El crédito de la captura es suyo.

No se requería una respuesta, así que Panaka se mantuvo en silencio. Magneta hizo un gesto al hombre que estaba a su izquierda.

—Este es Sate Pestage de Coruscant, asesor especial del Senador Palpatine de Naboo.

Acomodado y digno, con fino cabello negro y una apretada y cruel boca, Pestage parecía un instructor de ejercicios forzado a vestirse para un funeral. Su capeado traje negro de negocios parecería locamente fuera de lugar en una de las coloridas avenidas de Theed.

Pestage saludó con la cabeza a Panaka.

—Teniente. El gungano que se encuentra en custodia ha sido identificado como Kroke Modbom, solicitado por diversos crímenes incluyendo traición y asesinato. Será detenido preventivamente bajo mi custodia y será transportado fuera de Naboo dentro de una hora. El Senador Palpatine le agradece su valentía y cooperación. —Pestage se movía ansiosamente, buscando un lugar donde sentarse, pero la oficina de Magneta no tenía sillas para invitados.

Panaka se tensó y miró a la Capitana Magneta.

—¿Se llevarán al gungano fuera del planeta?

—Eso es correcto.

—Pero esto es un asunto de Naboo.

—Y continuará siendo manejado como tal —respondió Magneta con un toque de disgusto—. El Senador Palpatine es nativo de Naboo, en caso de que ese hecho se le haya escapado mientras usted mismo estaba fuera del planeta.

—Con el debido respeto, Capitana, el Senador es un político. Esto es un asunto de la Fuerza de Seguridad Real.

—Tenga cuidado, Teniente. —Magneta alzó un dedo en señal de advertencia—. Usted alega respeto, aun así usted no demuestra ninguno a mí o a mi cargo. La orden de extradición fue firmada por el Rey Veruna. Yo sirvo al Rey. Si usted ya no obedece al soberano de Naboo, entonces no tiene ningún derecho a llevar puesto ese uniforme.

—Mis disculpas, Capitana —dijo Panaka en una voz queda, pero no rompió la mirada con Magneta.

Pestage se aclaró la garganta para romper el silencio.

—Yo sé que hablo en nombre del Senador Palpatine cuando digo que las víctimas de Kroke serán vengadas. El asesino será llevado a la justicia.

Panaka no vio ventajas en seguir discutiendo la cuestión.

—La sargento Bialy pensó que había una segunda persona en la escena. Un posible cómplice.

—Sí, leí su informe —respondió Magneta—. Y usted conducirá una investigación a fondo de ese asunto tan pronto termine su asignación inmediata.

—¿Asignación inmediata?

—Control de tráfico. Ya sé que los médicos le han puesto fuera de servicio, pero una criatura marina ha encallado en una aislada extensión de la costa al norte del Puerto Landien. Me gustaría que comandara un pequeño grupo de oficiales para desviar el tráfico peatonal y vehicular del área para la seguridad pública, hasta que podamos organizar una tropa de eliminación.

—Suena bastante simple. ¿Otro opee?

—Eso supongo, sí. —Magneta extendió su mano y Pestage le puso en ella un datapad—. Su escuadrón no estará en el área de limpieza. El cadáver debería ser retirado para el anochecer, así que mantenga las inmediaciones seguras hasta ese momento. Las órdenes están en este datapad. Ya puede marcharse.

Panaka tomó el datapad y se volvió para irse.

Pestage se adelantó y le extendió la mano.

—Buena suerte, Teniente, y gracias de nuevo. Regresaré a Coruscant por la mañana.

Panaka aceptó la mano del hombre y la estrechó firmemente. Pestage se acercó, estudiando las vendas en la cara de Panaka.

—Esas heridas, ¿le duelen?

Panaka negó con la cabeza.

—Yo no les dejo.

• • •

Los chirridos de los parásitos de las raíces eran suficiente para volverlo a uno loco. Pequeñas colinas de grama nola flaqueaban la calzada en la que estaba parado Panaka, se teñían de ocre en la desvaneciente luz crepuscular. La base de cada tallo de nola estaba rodeada de un parásito de las raíces del tamaño de un dedo. Panaka no podía verlos pero podía oírlos todos, en cuanto estos absorbían aire a través de los pequeños orificios en sus caparazones con la esperanza de atraer a una pareja. Los parásitos sólo se apareaban durante unos días cada año pero sus chillidos eran siempre más fuertes al atardecer.

Panaka miró hacia su alargada sombra mientras esta se estiraba junto al camino, casi extendiéndose todo el camino hasta su velotransporte de las Fuerzas de Seguridad Real. Estacionado lateralmente para bloquear el tráfico, el velotransporte le parpadeó con una destellante luz de advertencia instalada sobre el capó.

No es que el tráfico sea un problema, pensó Panaka. Esa región no sólo estaba despoblada, si no que estaba demasiado lejos de Puerto Landien para atraer a tontos curiosos. Sólo una calle le servía al área, y Panaka no había visto ni un solo vehículo pasar por allí en una hora.

Detrás de él el terreno se hacía más rocoso cuanto más se acercaba al agua. Panaka echó un vistazo sobre su hombro. Montículos dentados de tierra lanzaban afiladas sombras negras en la luz naranja, mientras mechones de pasto playero de bordes filosos crecían entre las piedras planas. La calle en la que él estaba parado se extendía hacia esa dirección por un kilómetro, luego giraba a la izquierda para seguir la costa oceánica hasta Puerto Landien. Evadiendo así una pared natural de serrada roca negra de cincuenta metros de altura. Detrás de esa barrera, Panaka sabía, estaba embarrancada la criatura marina que era la razón de esta aburrida misión.

Otros tres oficiales de la Fuerza de Seguridad Real, incluyendo a Bialy, también habían sacado a relucir este detalle. Panaka los había situado en un improvisado semicírculo rodeando la zona pero él no podía ver a ninguno detrás de las colinas. Una brisa templada que soplaba desde la orilla le hizo cosquillas en su cuero cabelludo, y Panaka decidió que estaba contento de haber dejado su casco en el asiento del pasajero.

Vio la nube de polvo acercarse antes de ver el otro velotransporte. Un maltratado modelo civil de color verde, el velotransporte redujo la velocidad cuando su conductor aparentemente avistó el bloqueo. El sol poniente se reflejaba en su parabrisas. Panaka se preguntaba si el conductor podría verle entre los destellos. Alzó sus brazos, palmas hacia afuera, e hizo un ademán al otro velotransporte para que se detuviera mientras él caminaba lentamente hacia su vehículo estacionado.

A varias docenas de metros de distancia, el velotransporte terminó por detenerse. La nube de polvo se asentó.

Panaka llegó a su propio velotransporte y buscó en el compartimento trasero su datapad. Los pasajeros —no, el conductor y único ocupante, se corrigió Panaka mientras

echaba una mirada— podrían necesitar indicaciones de rutas alternativas hacia Puerto Landien.

Una oleada de polvo se alzó de repente. El velotransporte verde se disparó hacia adelante como si hubiera sido pateado por una bota gigante. Panaka se quedó inmóvil por una fracción de segundo, considerando si desenfundar y disparar, pero no hubo tiempo. Saltó fuera de la calle, golpeó el pasto y rodó.

Con un crujido de metal desgarrado más fuerte que el estruendo de los parásitos de las raíces, el vehículo suicida se enterró a un lado del velotransporte de Panaka. El velotransporte de la Fuerza de Seguridad Real soportó obstinadamente el empujón. Un invisible rayo tractor hizo un surco de tierra mientras el vehículo derrapaba lateralmente. La resistencia del suelo del camino rápidamente sobrecargó el rayo, y el velotransporte de Panaka de repente se balanceó sin resistencia sobre las rocas.

El otro velotransporte, con el frente arrugado y echando humo, hizo saltar trozos de escombros y aceleró calle abajo hacia la costa. Panaka se levantó sobre una rodilla y disparó seis rápidos tiros. Varios disparos dieron en la parte trasera pero el velotransporte no se detuvo.

Blasfemando, Panaka se puso de pié y corrió hacia su velotransporte, el cual había flotado hasta detenerse una docena de metros más allá.

—¡Bialy! —gritó, activando el comunicador enganchado al cuello de su uniforme—. ¡Pestrak! ¡Dunni!

No podía oír nada con los chillidos de los parásitos.

—Aquí Panaka —anunció de todos modos, esperando que alguien pudiera oírle—. Estoy en persecución de un velotransporte que chocó con la barrera. Modelo SoroSuub verde, frente dañado, un conductor. ¡Repórtenlo y vengan aquí ya!

Alcanzó el destrozado velotransporte de la Fuerza de Seguridad Real y saltó adentro, golpeando el botón de encendido y respirando aliviado cuando los motores se encendieron con un estremecimiento. Apretando el volante como si pudiera alcanzar al otro conductor sólo con desearlo, rebotó sobre el césped irregular y saltó hacia la calle. Panaka aceleró y los motores rugieron. La centelleante luz de advertencia sobre el capó todavía parpadeaba débilmente.

Panaka trataba de ver a través del agrietado parabrisas alguna señal del otro velotransporte. Se estaba preparando para afrontar el giro brusco a la izquierda hacia la línea de la costa cuando repentinamente vio al velotransporte verde, estacionado detrás de dos piedras negras de carbón a los pies de la pendiente. Panaka sacudió bruscamente el volante y, golpeando los frenos, girando con violencia el velotransporte, se detuvo con un chillido golpeando el lado del pasajero contra las rocas. Hizo una mueca de dolor por puro hábito, pero apenas podría hacerle más daño a un vehículo que ya era una pérdida total.

Saltó fuera, pero el otro velotransporte estaba vacío. Panaka miró hacia la cresta del monte, la luz solar color rubí quemaba las esquinas de sus ojos. Más allá de ese borde estaba el embarrancado animal.

Las negras piedras se apilaban por encima de él, algunas coronadas con una capa de musgo, otras divididas por espinosos grupos de pasto playero. No había señal del conductor del velotransporte, aunque Panaka admitió que las atenuadas sombras eran suficientemente profundas para esconder a un pequeño ejército.

Comenzó a escalar la cuesta, trepando sobre las pulidas rocas con manos y pies. El estrépito de los parásitos fue gradualmente suplantado por el tranquilizador sonido de las olas. Diez metros arriba, su bota resbaló en una roca llena de excremento de pájaro. Panaka cayó con fuerza sobre un palo sobresaliente que paró su caída y casi le partió una costilla. Para el momento en que alcanzó la cima, sus vendas estaban empapadas con sudor salado y le picaba en su ojo irritado. Pasando una mano sobre su cara, Panaka pestañeó y miro por encima del borde de la cima hacia el valle.

De medio kilómetro de ancho, la cuenca de la marea estaba cercada por altos acantilados en una forma de U ancha. Durante la marea alta los acantilados formaban una pequeña bahía, pero en ese momento la cuenca seca revelaba un fondo de arena negra y charcos brillantes. Y justo en el medio, inhóspito contra la alfombra color índigo.

Era fantástico. Y escalofriante.

Panaka no podía comprender el tamaño de la criatura. Sus ojos recogían detalles familiares —una ola interrumpida, un ave volando en círculos— pero, como una ilusión óptica en la que las líneas rectas parecían curvas, no podía conciliarlas contra la escena de fondo que era esa cosa. Experimentó un breve momento de vértigo mientras sus ojos luchaban contra su cerebro.

La cosa descansaba desparramada de lado en la cuenca, largo y serpenteante. Sus sumergidos cuartos traseros eran parcialmente visibles bajo las agitadas olas. El resto de la criatura estaba tendida boca abajo en la arena, su carne colgaba por el peso desacostumbrado del aire. A Panaka le recordaba los espíritus demoníacos del folklore de Naboo, que se deslizaban desde el inframundo y morían cuando eran tocados por los rayos del sol.

Un monstruo, pensó, y un débil recuerdo lo corrigió. *No, un sando acuamonstruo.* Los criptozoólogos habían creado largas teorías sobre él pero nunca basadas en evidencias sólidas, el sando tenía una atracción poderosa para la fantasía popular. Para algunos era un mito, para otros realidad. Hasta ahora, Panaka no había tenido opinión en ninguno de los dos casos.

El monstruo aún estaba tendido con un moribundo hilo de vida. La espuma rompía sobre sus sumergidas aletas traseras. Sus extremidades superiores, largas y ganchudas, descansaban tranquilamente cerca de los profundos surcos que habían hecho antes en la arena. El cuello parecido al de una serpiente estaba torcido como un sacacorchos, dejando la cabeza —del tamaño de una casa— invertida en la clásica pose de muerte. La boca del monstruo abierta de par en par, dientes increíblemente blancos brillaban como grandes bloques de sal.

Repentinamente el monstruo se movió. Estremeciéndose, se volvió y se dejó caer pesadamente sobre su estómago con un tremendo ruido sordo. Un grupo de asustadas aves marinas volaron al cielo.

El monstruo giró la cabeza a su alrededor como si estuviera en busca del sol. El agua encharcada caía por su espalda como pequeños riachuelos. Los músculos de sus extremidades se movían en espasmos, y lejos en la orilla Panaka vio un chapoteo en respuesta cuando una aleta trasera rompió la superficie de un tirón. Sus garras escarbaban débilmente en los surcos que ya habían hecho antes, y luego el sando acuamonstruo colapsó con un vibrante rugido.

Panaka no sabía cuánto tiempo estuvo parado ahí. Pero el anaranjado e hinchado sol estaba ya sumergiéndose detrás del perfecto horizonte oceánico.

Panaka empezó a bajar la cuesta interior, buscando con los ojos puntos de apoyo seguros para sus pies y señales de que alguien ya hubiese pasado por ahí. El descenso fue más peligroso que el ascenso, ya que las rocas a lo largo de la parte interna de la cuenca estaban manchadas de salitre.

A mitad del descenso, hizo una pausa. Panaka quitó la vista de sus pies por un momento y echó un vistazo a la arena que rodeaba al monstruo. Si el fugitivo cruzaba ese trecho descubierto Panaka podría ser capaz de inmovilizarlo con un disparo de largo alcance. Pero aunque la idea entró en su mente, Panaka estaba atónito con lo absurdo de todo esto. ¿Qué hacía el fugitivo ahí abajo? ¿Esperaba perder a Panaka en las inmediaciones del cuerpo? *Entró en pánico*, razonó Panaka.

Panaka no vio a nadie cruzando la extensión. Él, sin embargo, notó que la arena que cubría el suelo de la cuenca no se extendía del todo hacia el pie de la ladera. Ahí, entre aglomeraciones de rocas que habían caído al fondo tras siglos de olas y viento, cavidades oscuras perforaban la corteza. Más profundas que ninguna sombra, lucían como bocas bostezando llamándolo al inframundo.

Panaka recordó los laberintos de pasadizos no cartografiables que plagaban Naboo. El planeta entero era como un melón roído por una colonia de gusanos hambrientos. *Los túneles de roca corren debajo de toda esta extensión de la costa*, pensó. *Si se fue por ese laberinto nunca lo encontraré.*

Como si lo hubiese incitado el pesimismo interior de Panaka, una figura vestida de blanco apareció debajo por detrás de una roca, una silueta en contra de una abertura como un fantasma.

Panaka desenfundó su bláster.

—¡Detente! —gritó, y soltó un disparo al aire. La figura se volteó rápidamente y miró hacia él, pero la distancia y la oscuridad eran demasiado grandes para reconocer algún rasgo identificable—. ¡Detente! —gritó Panaka de nuevo.

La figura se detuvo como evaluando sus opciones, luego dio un paso hacia la enorme boca del túnel. Cayó directo hacia abajo y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Panaka enfundó su bláster apuradamente y gateó el resto del descenso por la pendiente. Redujo la velocidad al llegar cerca de la boca del túnel. Su objetivo, abajo en la oscuridad, estaba protegido por la sombra y podría darle con un solo disparo.

Pero Panaka también era aprensivo por razones menos tangibles. A pesar de su entrenamiento y su natural desdén por la superstición, la idea de saltar de pie a una oscuridad infernal lo ponía nervioso. Y atravesar los fríos canales directamente debajo de la panza de un ser enorme y moribundo representaba el miedo en su forma más primaria. Panaka saltó al abismo oculto.

• • •

Panaka aterrizó con un chapoteo, sosteniendo fuertemente el bláster en su puño derecho. Inmediatamente, se enrolló como una bola y rodó hacia su izquierda. Pero no escuchó nada, y cuando sus ojos se ajustaron se dio cuenta que estaba solo en una pequeña cámara de roca con una sola salida.

¿O no? A lo largo de las chorreantes paredes vio varios pálidos orbes brillantes, cada uno del tamaño de su cabeza. Unos ojos nebulosos y mortecinos estaban pegados a la roca y hacían sonidos pegajosos mientras se enfocaban en él.

Panaka no tenía idea de qué clase de criaturas eran, pero le disgustaban por razones que no podía explicar. Un rugido quejumbroso retumbó desde el techo de la entrada. El monstruo golpeó alguna extremidad contra la arena sobre su cabeza y las paredes de la cámara resonaron. Como sacudidas del sueño, docenas de las criaturas-ojo se revelaron, descubriendo sus cuerpos fosforescentes uno después de otro con sonido de chupetones húmedos como de bebés amamantándose. Panaka sintió un escalofrío y agachó la cabeza mientras se alejaba por el túnel.

La luz de las criaturas-orbe disminuyó rápidamente en el apretado pasaje. Panaka pensó en encender su linterna de campo, pero no quiso destruir su visión nocturna o ser un blanco fácil para su presa. Avanzó con cautela, probando el suelo con cada paso.

Una delgada película de agua cubría el suelo rocoso. Debido a su elevación por debajo del nivel del mar, Panaka casi esperaba que estos pasajes estuvieran completamente inundados.

El agua hacía imposible buscar huellas. Panaka se quedó inmóvil, reteniendo el aliento, y escuchó el eco distante de chapoteantes pasos. También escuchó un leve zumbido mecánico. ¿Una bomba?

En este punto se encontraba en la oscuridad total. Mientras tomaba la linterna con su mano libre, notó delante un pálido brillo lejano. La luz era esperanzadora pero entre allá y aquí podrían estar escondidas estalactitas sobresalientes o fosos donde torcerse un tobillo. Arriesgado como era, necesitaba una vista instantánea del terreno que tenía delante. Con su pulgar izquierdo sobre el botón de encendido, Panaka activó su linterna.

Un chillido estalló detrás de él, como humo silbando al salir de un tubo al estallar. Algo golpeó a Panaka entre los omóplatos y derribó la linterna de sus dedos. Cayó al

agua y se apagó, sumiendo el túnel nuevamente en una oscuridad total. Panaka movió a ciegas su bláster alrededor.

Una segunda cosa, dura y fría, se pegó a su cuello y mordió la piel con dientes afilados como agujas, Panaka se quitó la criatura de encima, pero docenas se pegaron a su cara, su pecho, sus manos, su pelo. Panaka tropezó hacia adelante, tratando de quitarse de encima esa pesadilla con torpes barridos de sus antebrazos. Agudos chillidos retumbaban en el claustrofóbico túnel, desorientando y poniendo nervioso a Panaka. Su rodilla golpeó una roca y cayó, dándose un porrazo en la cabeza contra el suelo con tal fuerza que vio estrellas. Panaka gateó hacia adelante, casi inconsciente, dirigiéndose a la luz.

Unas criaturas invisibles se apilaban en su espalda, masticando a través del cuero de su túnica y colgando de a dos y tres, como si estuvieran montando un kaadu. Panaka andaba como un borracho a través del agua, dando tumbos hacia adelante en sus manos y rodillas.

Sutilmente, Panaka vio que había entrado en el túnel iluminado. Aunque la luz era débil, parecía ser algo aborrecible para los pequeños mordedores. Las rígidas criaturas sisearon y saltaron de la espalda de Panaka. Con el traqueteo como de un esqueleto dentro de un envase de roca, rápidamente saltaron de nuevo a la oscuridad.

Sacudiendo su cabeza para aclararla, Panaka se levantó del suelo y sintió la fría presión de un cañón de bláster en la nuca.

—Manos arriba —dijo una áspera voz masculina—. Y tira tu bláster. Me haces moverme un milímetro y pierdes la cabeza.

Panaka hizo lo que le ordenaron.

—Gírate —ordenó la voz.

Panaka se giró despacio y miró a su captor. Calvo y barrigón, pero con músculos evidentes debajo de la grasa, el hombre era por lo menos una cabeza más alto que Panaka. Su hinchada cara estaba dominada por la protuberancia de una nariz que parecía rota y restaurada varias veces sin el beneficio del bacta. Su holgada ropa blanca, manchada con arena y sudor, le colgaba en su amplio esqueleto.

El hombre no bajó el disruptor.

Cuidadosamente, Panaka entrelazó sus dedos detrás de su cabeza.

—¿Planeas usar eso? —haciendo un gesto señalando el arma del hombre.

—No a menos que hagas algo estúpido. Por el modo en que te manejaste con esos mordedores supe que no eras muy brillante.

Panaka no mordió el anzuelo.

—Cualquiera que sean tus intenciones aquí abajo, retener a un oficial de la Fuerza de Seguridad Real a punta de bláster no va hacer tu situación más fácil.

—Cuidado, teniente —dijo el hombre sonriendo sarcásticamente—. Su compañera no está aquí para cubrirle la espalda. Le podría disparar aquí mismo por lo que le hizo a Kroke Modbom.

Panaka se sobresaltó al oír el nombre, entonces pensó en la confrontación de esta mañana y el tirador invisible de Bialy.

—Kroke era un criminal gungano —respondió suavemente—. Dime qué eres tú.

La expresión que cruzó el rostro del hombre combinaba disgusto y lástima.

—Teniente, todos somos criminales. Gracias a dios tenemos oficiales como usted para mantener a Naboo a salvo en el nombre de nuestro rey.

El llanto del sando acuamonstruo resonó a través del metro de roca que había sobre ellos, más fuerte esta vez y repleto de notas graves como si la mayoría de las llamadas del monstruo estuvieran por debajo del umbral de audición. Panaka sintió la vibración a través de sus botas.

Mientras el sonido se desvanecía, un fuerte golpe casi tumbó a Panaka de sus pies. El monstruo estaba sacudiéndose. Arena… o tal vez roca pulverizada… se escurría a través de grietas en el techo del túnel cayendo sobre su cabeza.

El hombretón miró hacia arriba ansiosamente. Panaka se tensó, preparado para tomar ventaja de la distracción, pero su captor devolvió la mirada rápidamente y sacudió su cabeza en señal de advertencia.

—Uh uh —hizo un gesto con el disruptor—. Gírate y camina hacia adelante. Despacio. —Más polvo de roca se derramaba desde arriba en corrientes secas, haciendo conos de polvo en el agua poco profunda—. Pero no arrastres los pies. No apostaría a que este túnel se sostendrá por siempre.

Panaka se preguntaba cómo se suponía que haría ambas cosas simultáneamente, pero se quedó callado. En vez de eso, preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llaman Veermok —ladró el hombre, y puntualizó la declaración con un brusco empujón con la pistola disruptora en la espalda de Panaka—. Comienza a caminar.

Panaka sonrió para sus adentros al sobrenombre de sonido feroz. Los veermoks eran simios sedientos de sangre cuyas mandíbulas podían romper huesos.

—¿El gungano te dio ese nombre? —preguntó mientras se movía avanzando hacia la luz que se hacía más brillante continuamente.

La voz del otro hombre transmitió odio.

—Déjeme adivinar, teniente: usted ha pasado más tiempo montado en turbo ascensores que hablando con gunganos. Y lo reto a contradecirme. —Hizo una pausa mientras recogía del suelo la S-5 de Panaka—. No sabe nada sobre gunganos, y sabe menos aún sobre Kroke.

—Sé que era un criminal buscado. ¿Qué dice eso acerca de ti?

—No puedo imaginármelo. Dígame usted.

Panaka se encogió de hombros.

—Ya conoces el dicho. «Los veermonks andan en manadas».

—No es una cosa muy sabia decirle eso a un hombre que tiene una pistola en tu espalda.

—Yo no lo veo así. —Panaka movió sus dedos dentro de los guantes de cuero—. Me tenías casi muerto hace dos minutos. Yo pienso que si ibas a matarme ya lo hubieses hecho.

El hombre rió fríamente.

—Teniente, no tiene idea de lo que hacemos aquí abajo, ¿o sí?

—Yo sé qué estoy haciendo aquí —respondió Panaka con confianza. Avanzaron hasta la completa luz del nuevo túnel. Panaka vio sus anteriores sospechas confirmadas. Bancos de iluminación artificial colgaban del techo a intervalos regulares. Al menos una docena iluminaban el túnel hasta que el pasadizo hacía un giro. Panaka todavía no veía evidencia de la bomba, pero el sonido subyacente de maquinaria era evidente. Placas de metal rayado en el suelo cubrían centímetros del agua sucia encharcada debajo.

Sombras oscuras en las paredes adelante indicaban la presencia de bifurcaciones. Mientras Panaka pasaba el primero de estos pasillos secundarios, notó que estaba bloqueado por una pesada puerta de duracero marcada con un número en alfabeto futhark.

—Baja la velocidad —ordenó el hombre—. Camina hacia adelante, cuidadosamente, un paso cada vez. Yo estaré parado justo aquí. —Panaka escuchó el familiar «clic» del ajuste de intensidad de su bláster—. Y recuerda, ahora tengo dos pistolas apuntándote.

Sus vísceras se volvieron frías.

—¿Crees que el túnel tenga trampas?

—Puntos para el teniente. Tal vez ustedes los oficiales no son tan torpes.

—Así que si no avanzo me disparan por la espalda. Si avanzo activo un aparato anti-intrusos y me disparan de frente. Así que dime de nuevo, ¿por qué crees que debo ayudarte?

—Oh, vamos, Teniente —se burló su captor—. Todo ese entrenamiento en la Fuerza de Seguridad, ¿y no puede vencer una simple emboscada? Muévase, estamos perdiendo el tiempo.

Panaka flexionó sus manos. Nunca estuvo tan consiente de la pérdida del peso de su S-5. Dio un paso adelante cuidadosamente, las botas haciendo un vacío eco en las placas. En las paredes, cientos de pequeños brotes de hongos creaban patrones de puntillismo en verde fosforescente. Raíces peludas salían por toda la cara de la piedra, cruzándose con los pálidos hongos como redes de vasos sanguíneos. Panaka pasó varios túneles afluentes en ambos lados, algunos cerrados con puertas y otros que desaparecían en la oscuridad.

—¿Te importaría decirme qué estoy buscando? —Panaka vio una de las puertas numeradas con recelo.

—¿Qué cree usted que es este lugar? ¿Qué le dice su entrenamiento de las Fuerzas de Seguridad Real?

Panaka estiró su cuello para mirar detrás de un grupo de luces colgantes sobre su cabeza. Una cámara de vigilancia lo miró en blanco por su único lente. Corroída y goteando, las partes electrónicas de la cámara obviamente habían perdido su batalla contra la omnipresente humedad del túnel.

—Un escondrijo de piratas —respondió Panaka—. Un almacén de contrabandistas.

—¿Qué pasaría si le digo que esto fue encargado por el Rey Veruna? ¿Que contiene documentos concernientes a corrupción en los más altos niveles del gobierno? ¿Documentos que harían sorprender incluso a usted?

Panaka resopló.

—No lo creería. Tú ves lo que quieres ver. No eres el único en contra de la realeza en Naboo.

—¿En contra de la realeza? —escupió el hombre—. Nosotros no estamos allá afuera llevando *pancartas*. Kroke y yo y los otros, nosotros *peleamos* por Naboo.

—Entonces jamás he escuchado de ustedes.

—Me alegro. No estamos esforzándonos para que nos tomen en cuenta. No somos ni siquiera una organización. No tenemos un líder, ni jerarquía. Pero cuando sus amigos empiezan a desaparecer, la gente tiene una curiosa manera de trabajar juntos. —Hizo una pausa, luego continuó con voz más queda, pero sus palabras estaban envueltas en un nudo de tristeza—. Los gunganos estuvieron aquí antes que nosotros. Ellos pueden decir cuando su mundo está fuera de balance. Toda mi vida he tratado de sentir ese balance. Ahora tenemos esa oportunidad de arreglarlo. —Veermok suspiró como si se librara de un gran peso—. Así que no, Teniente, no estamos en contra de la realeza. Estamos en contra de las mentiras, en contra de los secretos.

Panaka sintió una leve sonrisa nacer en las comisuras de su boca. *Idealistas*.

—Eso es lo que todos quieren —dijo, manteniendo su tono calmado—. Incluyendo Veruna, incluyéndome a mí.

—Tiene buenas intenciones, Teniente, pero es un mentiroso —la voz de Veermok sonaba irritada con amargura—. Kroke y yo hemos estado buscando un depósito como este durante años. Información reciente nos llevó a Puerto Landien, pero no pudimos encontrarlo por nosotros mismos. Naboo entendió. El propio planeta finalmente reveló esta enfermedad enviando al sando acuamonstruo. Tengo el honor de aceptar su regalo. Si usted es realmente sincero acerca de querer la verdad, ayúdeme a buscar. Ayúdeme a hacer público lo que sea que encontremos.

—Baje las armas y hablaremos al respecto.

—Teniente, quizás soy un poco ingenuo, pero nunca me han llamado estúpido. Así que déjese de rodeos.

Panaka dejó la cámara muerta atrás y alcanzó otro par de túneles secundarios. El pasaje de la derecha estaba tapado por una puerta en que ponía «ALMACÉN DE DESPERDICIOS» en pintura roja descolorida. El afluente a su izquierda se estiraba hasta la oscuridad. Tratando de ver a través de la penumbra, Panaka creía discernir la silueta circular de un hueco ancho en el suelo de roca. Preocupado por lo que el pozo podría contener, Panaka saltó hacia adelante sobre las placas por lo menos un metro y se tiró al suelo mientras un grupo de luces del techo explotó en una lluvia de chispas, escupiendo un rayo de energía que resopló al pasar por la oreja de Panaka. La destartalada lámpara cayó al suelo con un estrépito, revelando una torreta láser en descanso en el techo. Con un chirrido hiperactivo la torreta giró en círculos vertiginosamente, rociando todo con

energía destructiva. Panaka retrocedió sobre su barriga, fuera del aparente rango de acción de la torreta, hasta la intersección de los dos túneles secundarios.

Su captor se movió detrás de él.

—¿Qué hiciste?

—Láser de defensa fija Draconi —dijo Panaka de plano—. No sé decir si es activado por presión o por movimiento, así que quédate quieto.

La torreta giró alocadamente en su cerrado círculo, empapando el aire con misiles de energía naranja. Dardos láser ametrallaban las paredes del túnel, dejando hileras de humeantes hoyos negros, luego quemando sobre las cabezas de las dos figuras acostadas boca abajo sobre las placas.

—No sé —admitió Panaka, gritando sobre el chisporroteo—. Esperaba que esta nos siguiera, y no lo hace. Es vieja, y creo que está funcionando mal. —Como un aerodeslizador atrapado en una espiral fatal, el láser daba vueltas más rápido con cada revolución. La base de la torreta temblaba violentamente con cada giro. El patrón del rocío circular del láser empezó a zigzaguear arriba y abajo por las paredes, en sincronía con la sacudida adelante-atrás de la montura. Panaka apretó los dientes. Luego notó que la roca que rodeaba la torreta en el techo brillaba.

Plasma. Las venas de energía de plasma natural brotaban profundamente a través del núcleo de Naboo. Estas eran explotadas con pozos taladrados para generar energía para grandes ciudades. Cantidades localizadas de plasma algunas veces penetraban la roca de la superficie, inútiles para cualquier propósito práctico que no fuera la diversión de encender un breve espectáculo de luces. La torreta fuera de control al parecer usaba su propia fuente de plasma, y estaba descargando su exceso de calor directamente a la saturada roca. La roca por si misma no podía explotar, pero mientras la temperatura del techo ascendía, la cubierta del motor se derretiría, exponiendo la batería de plasma pura al calor directo. Y cuando eso pasara…

—¡Movámonos! —Panaka le anunció a su captor—. Ese láser va a explotar.

El hombre lo miró. Un poco de suciedad manchaba el lado de su cara con el que se había apretado contra la rayada placa.

—Tú no irás a ningún lado. —Todavía sostenía las dos armas fuertemente en sus manos.

—¡Echa un vistazo! —Panaka sacudió su cabeza hacia la torreta, enojado. Líneas vívidamente blancas hacían telarañas a través de la roja roca sobrecalentada. Panaka se esforzaba en ver por el túnel a su izquierda, donde anteriormente vio un pozo oscuro—. Cuando el láser gire hacia allí —hizo un movimiento hacia el lado opuesto de su posición— rodamos hacia la izquierda, y nos escabullimos por ese túnel lo más rápido que podamos. —Panaka alzó su mano—. A mi señal. Uno…

Panaka nunca terminó su cuenta mientras el mundo se les desmoronó encima. Fue volteado de un lado a otro, barrido sobre una pila de rocas que lo golpearon en todos lados. El tiempo se puso en cámara lenta mientras Panaka se hizo agudamente consciente

de sus alrededores, en una especie de hiperconsciencia que invadía sus sentidos en situaciones de vida o muerte.

Estaba en el aire, girando, cayendo. Aunque no había fuego de una explosión. La torreta láser no explotó. Sobre él vio rocas grandes y pequeñas, suspendidas en el aire en mitad de la caída como él. Más allá de las rocas vio un parche morado desigual salpicado de pequeñas estrellas. Silueteado contra el discorde cielo nocturno había una garra enorme con uñas del tamaño de troncos de árboles, cavando hondo en la tierra como en busca de gusanos.

No le hicieron volar por los aires, fue desenterrado.

Panaka movía frenéticamente sus brazos, tratando de agarrarse a algo, algo con qué frenar la inevitable caída. Mientras torcía su cuerpo en medio del aire vio el suelo viniendo hacia él. Panaka aterrizó con fuerza sobre sus antebrazos. Sus piernas le pasaron por encima, volteándolo boca arriba y llevándolo en un polvoriento tobogán hacia el siniestro pozo del túnel secundario. Panaka buscaba desesperadamente por una de las peludas raíces colgantes que caían por el borde del pozo, pero era muy tarde. Cayó en la oscuridad, luego se zambulló de pie en una película de agua helada que rápidamente le cubrió la cabeza.

• • •

Con una estremecedora bocanada, Panaka rompió la superficie, tratando desesperadamente de mantenerse a flote mientras su ropa empapada amenazaba con tirar de él de nuevo hacia abajo. Rocas y pedazos de escombros seguían lloviendo desde arriba, golpeando el agua a su alrededor con sonoros chapoteos. A su lado, Panaka vio un listón rectangular enorme y empezó a hundirse; con sorpresa, Panaka vio que era la puerta del túnel secundario opuesto, ALMACÉN DE DESPERDICIOS, la cual fue arrancada completamente de sus goznes.

Panaka se sacó sus botas y maldijo silenciosamente a quienquiera que hubiese diseñado los uniformes de las Fuerzas de Seguridad real para que incluyera una falda de tela que llegaba a las rodillas y un pesado chaleco de cuero. Manteniéndose a flote mientras se despojaba de sus guantes, Panaka miró fijamente hacia el borde del pozo por encima de él.

Veermok colgaba del borde, pateando el aire inútilmente con sus piernas. Sujeto con una mano a algún saliente fuera del pozo, sostenía con la otra la S-5 de Panaka. Obviamente poco dispuesto a soltar el arma, aunque incapaz de trepar hacia arriba con una sola mano, el radical colgaba en el aire indefenso antes de soltar finalmente el bláster y agitar su brazo libre para agarrarse mejor.

La pistola cayó directa hacia abajo. Panaka nadó hacia ella, esperando atraparla, pero rompió la superficie con un chapoteo suave y se hundió fuera de vista. Panaka aspiró profundamente y se hundió en el agua, nadando furiosamente. El agua helada indujo una presión en su pecho. La visibilidad era nula, pero a través de la suerte o la providencia

Panaka rozó el bláster con sus helados dedos. Sujetándolo ansiosamente con ambas manos, nadó hacia la superficie.

Cerca de la superficie, Panaka empujó un obstáculo flotante fuera de su camino. Luego tomó otra bocanada de aire. Veermok ya no colgaba del borde del pozo.

Panaka alcanzó el objeto flotante que había recién empujado, esperando usarlo como un salvavidas mientras examinaba la S-5. El flotador tenía dos metros de largo, aproximadamente cilíndrico. Lanzó sus brazos sobre él y se sumergió en el agua en respuesta. Panaka viró su cabeza hacia el extremo más cercano.

Un cuerpo sin ojos le sonrió.

Alguna vez fue un gungano, antes de que el cuerpo se hinchara y se pudriera. Los zarcillos oculares habían desaparecido, dejando sólo huecos oscuros mirando desde una calavera. Carne gomosa se estiraba sobre el hocico, despellejándose de dos filas de sonrientes y ennegrecidos dientes. Dos orejas como abanicos flotaban en la superficie del agua, aunque como la piel había desaparecido, las redes cartilaginosas parecían manos de largos dedos apuntando en direcciones opuestas.

Separándose del cuerpo con asco, Panaka golpeó algo detrás de él. Se volteó y vio un segundo cuerpo, esta vez humano. Su estómago estaba abultado por el gas y su boca abierta como en un grito insonoro. La bilis subió por la garganta de Panaka cuando se acordó de que había tragado la misma agua en la que los cuerpos dormidos nadaban. Mientras escupía su saliva, vio por lo menos media docena más de formas flotantes.

Panaka buscaba a tientas en su cinturón por el gancho de agarre de duracero. Encontrándolo, lo encajó en el barril de su S-5. Pataleando con fuerza para no sumergirse bajo el agua, levantó la pistola con las dos manos y apuntó directo hacia arriba, pasando el borde del pozo, hacia el techo de roca del túnel. Apretando el gatillo, disparó el cable líquido.

Una fina línea de spray se desenrolló desde el bláster, arrastrando el gancho como una hebra de seda de cholorópodo. Se endureció en un cable irrompible en el momento en que tocó el aire. El gancho golpeó el techo del túnel con un sonido seco, sus afiladas puntas mordiendo profundamente en la piedra. Panaka accionó el control de retracción.

Los motores dentro del mecanismo silbaban mientras tiraban del cable de regreso al pequeño tanque de la S-5. Panaka se sostuvo con fuerza al mango de la pistola con ambas manos. Mientras la S-5 recogía el cable él era izado en el aire, el agua le corría de su ropa en grandes chorros.

Panaka detuvo la ascensión una vez que hubo salido del hoyo en el suelo, con un par de metros de cable todavía. Necesitaba ganar velocidad lateral para alcanzar el borde del pozo. Empezó a balancearse hacia adelante y hacia atrás, haciendo que el gancho se balanceara dentro de la roca sobre su cabeza. Mientras Panaka finalizaba el largo arco hacia atrás alzó ambos pies, preparado para saltar a la seguridad al final del arco de vuelta. Cuando pasó el punto medio del balance el gancho se soltó.

Panaka cayó, pero la inercia aún lo llevó al borde del pozo. Golpeó el borde con fuerza, sacando el aire de sus pulmones, pero logró envolver su brazo alrededor de una de

las raíces peludas antes que se deslizara de regreso al pozo. Panaka se impulsó hacia arriba al suelo seguro. Jadeando con fatiga, retrajo lo que quedaba del cable líquido y el colgante gancho de agarre.

Panaka se levantó y corrió hacia el túnel principal, de regreso a donde el sando acuamonstruo cavó desde el mundo exterior. Su uniforme se sentía como un traje de frío, una armadura que chorreaba agua en sus desnudos pies. Mientras Panaka se acercaba al lugar de la brecha, la gris oscuridad de los pasadizos subterráneos daba paso al índigo puro del cielo nocturno de Naboo.

El monstruo de pronto aulló y golpeó con su cuerpo semejante a una serpiente contra la superficie de arriba. El túnel vibró como un tambor. Panaka dio un traspié, perdió el equilibrio, y condujo su talón izquierdo hacia la punta de una estalagmita pequeña. Unas rocas sueltas llovían desde el techo. Desde afuera del túnel principal Panaka escuchó un grito de sorpresa. Favoreciendo su pierna derecha en una cojera grotesca, Panaka se tambaleó hacia afuera de la abertura, con el bláster preparado.

El túnel principal era una devastación total, como si hubiera sido destrozado por una bomba de presión. Panaka todavía no podía creer que hubiera estado parado en la zona cero. Varias toneladas de piedra, la mayor parte desmenuzadas en pedruscos del tamaño de un shaak, cubrían el suelo de lo que una vez fue un túnel, aunque ahora que un pedazo del techo no existía Panaka supuso que era más bien como una trinchera. Directo hacia arriba, a través del hoyo, podía ver la constelación Beautité parpadeando detrás de una temblorosa y pesada masa que era más o menos una parte del hombro del monstruo.

La garra del monstruo había paleado una montaña de rocas rotas, dejando dos montones rocosos en lados opuestos marcando su paso. Una pila bloqueaba completamente la ruta que Panaka y su captor habían atravesado al comienzo de su exploración. La otra pila atascaba el túnel donde la frenética torreta láser mantuvo guardia. Desde el otro lado de ese revoltijo de roca venían gruñidos y maldiciones.

Lanzándose hacia la barrera de piedra, Panaka trepó y echó un vistazo sobre el borde superior. Debajo de él, Veermok acababa de librarse de la avalancha de trozos del tamaño de láminas.

—¡Detente! —gritó Panaka. Veermok miró hacia arriba, sorprendido, y empezó a correr. Ya no tenía el disruptor. Panaka se lanzó sobre el borde y se deslizó hacia el suelo lleno de rocas. Hizo una mueca de dolor al aterrizar sobre su talón herido—. ¡Veermok! ¡Te estoy diciendo que te detengas!

El otro hombre no se detuvo. Panaka apuntó a través de la mira principal de su S-5 a la rodilla derecha de Veermok y apretó el gatillo.

La S-5 dio una pequeña y desagradable explosión y soltó una llovizna de chispas como un fuego de artificio barato. Panaka resopló cuando se dio cuenta que la zambullida en el agua helada había destruido los componentes electrónicos del bláster.

Veermok miró hacia atrás. Su tono de voz era fuerte y burlón.

—¿Problemas, Teniente? Siento ver eso. —El túnel intacto delante de él estaba levemente iluminado por las lámparas restantes. Pasando eso, un túnel recto llevaba a las

puertas numeradas más altas… y a la libertad—. Usted no está en condiciones de hacer una carrera conmigo, así que creo que aquí es donde nos separamos. Espero que nos volvamos a encontrar en mejores circunstancias. —Veermok hizo un irrespetuoso saludo—. Nos veremos pronto. —Y rompió en una ligera carrera.

Panaka hizo un pequeño ajuste a su S-5, apuntó de nuevo y disparó.

El cable líquido salió como un rayo de luz blanca. Los dientes del gancho de duracero mordieron a través de la túnica de Veermok y a través del músculo debajo de su omoplato derecho. Trastabilló y cayó de frente con un gruñido.

Panaka apuntaló su pie sano contra un robusto pedazo de roca y accionó el control de retracción de la S-5.

La línea se tensó, volteando a Veermok sobre su espalda. Lenta pero inevitablemente la retrajo hacia la cámara de disparo. Veermok se sacudía como un pez en un anzuelo mientras era arrastrado de regreso por el suelo, pero el cable remolcaba el peso con eficiencia mecánica.

Cuando el cable se había retraído casi por completo, Panaka puso su pie sobre el pecho del hombre.

—Antes de lo que pensabas.

Panaka volteó a Veermok sobre su estómago. Tirando del gancho para liberarlo, Panaka sujetó los brazos del hombre con una mano mientras buscaba las esposas de la Fuerza de Seguridad en su cinturón con la otra.

En un último y desesperado movimiento, Veermok alzó su cabeza y sus hombros en un convulsivo arco como un prisionero electrocutado. La parte trasera de su cabeza impactó directamente contra la nariz vendada de Panaka. Panaka gruñó de dolor y sus manos fueron reflexivamente hacia su rostro. Tomando la ventaja de la distracción de medio segundo, Veermok se arrastró hacia adelante y estaba sobre sus pies antes que Panaka pudiera detenerlo. Salió disparado por el túnel.

—¡Veermok! ¡No hagas esto! —Panaka apuntó su S-5, el gancho de agarre listo para disparar.

El túnel se iluminó como un pulsar, punzando los ojos de Panaka. El crujido que lo acompañó era seguido de resonantes ecos arriba y abajo por las paredes del corredor. Veermok se quedó quieto en el lugar, un hoyo humeante en su espalda. Panaka miró tontamente hacia su S-5, sabiendo que era imposible que él hubiese disparado.

Veermok no se desplomó hacia adelante sino que en cambio cayó hacia atrás como un árbol talado. Su cuerpo golpeó el suelo con un chapoteo vacío, revelando otra figura más allá en el túnel.

Sate Pestage avanzó hacia adelante, bláster en mano.

Panaka maniobró hasta llegar junto al hombre herido. El disparo de bláster pasó directamente a través del pecho como si hubiese sido taladrado. No había terminado de cauterizar. La sangre era roja y espesa, saliendo lentamente de los bordes de la herida.

—¡Ayúdeme! —Panaka exigió a Pestage, limpiando las cenizas de la herida—. Es sangrado venoso, no arterial. Todavía tiene una oportunidad.

Pestage se acercó pero no se movió para ayudar.

Panaka lo miró.

—¿Por qué disparó? ¡Yo lo tenía!

Pestage lo miró fríamente. Por primera vez, Panaka notó la larga caja fuerte que llevaba debajo del brazo.

—Usted necesitaba ayuda, Teniente, nosotros recibimos su llamada. —Hizo un gesto hacia el cuerpo tendido—. Y usted tiene su hombre.

Panaka localizó dónde la vena se unía con el hueso y puso dos dedos contra la vena, deteniendo la hemorragia principal. El corazón aún latía, pero Veermok no respiraba.

—Vaya a la superficie —dijo bruscamente Panaka—. Contacte con Theed. Y tráigame un botiquín de primeros auxilios. —Inclinándose, puso su boca sobre la de Veermok y llenó sus inertes pulmones con aire.

Pestage se quedó en donde estaba.

—Demasiado tarde para eso.

La vibración húmeda contra los dedos de Panaka cesó de repente como si alguien hubiese accionado un pequeño interruptor desde dentro. Con el sonido de un tanque pinchado, el aliento escapó a través de los flojos labios de Veermok mientras sus pulmones colapsaban. Panaka vio los ojos de Veermok desenfocarse como si estuvieran mirando a través del techo del túnel hacia el cielo, y luego se fue.

• • •

La luna Ohma-D'un estaba alta en el cielo, repartiendo su luz marrón pálido sobre la piel arrugada del mar y sus agitadas olas. Panaka estaba parado en un risco rocoso mirando el océano. Detrás de él, en el camino a Puerto Landien, media docena de velotransportes de las Fuerzas de Seguridad Real se agrupaban, con las señales destellantes iluminando su propio velotransporte destruido atado a un carro recuperador. En la grama, la Sargento Bialy y los demás oficiales estaban dando parte.

Panaka colocó su mandíbula preparado para responder a la Capitana Magneta.

—No estoy convencido, Capitana. La evidencia requiere más investigación. Lo que hizo Pestage es ilegal e indicativo de encubrimiento, inmunidad diplomática o no.

—Soy la cabeza de la Fuerza de Seguridad real, Teniente —contestó Magneta secamente. Lucía una mirada de cansada resignación—. No debería convencerle de nada. —Magneta miró por encima de su hombro hacia el distante montículo de piedras que cubría la ensenada del monstruo.

—Pero los cuerpos. Humanos y gunganos. —Panaka frotaba la tela empapada de su uniforme para calentar un poco sus hombros—. Ocho cuerpos, posiblemente más.

—Regurgitados por el monstruo. Tal vez no pudo soportar su última comida.

Panaka suprimió un suspiro.

—No lo creo.

—Ha pasado antes con opees. Usted lo sabe. Tiene cuerpos y tiene un monstruo marino. Una conexión no es una coincidencia.

—Lo sé —admitió Panaka—. Pero esos cuerpos estaban podridos, no digeridos.

Magneta lo miró con dureza.

—Asesinados por un pirata. Almacenados debajo de la tierra para que nadie los encontrara.

Panaka cruzó sus brazos.

—Hay algo ahí abajo… Un complejo. El revolucionario clamaba que fue construido por el Rey Veruna, pero sospecho que su origen es de fuera del planeta. Pestage se llevó una caja de evidencia de la escena. Mató un testigo que podría haber sabido la verdad. Esos cuerpos son más de lo mismo. El revolucionario habló de «amigos desaparecidos». Deberíamos hacer trabajo forense de inmediato.

Los ojos de la Capitana Magneta destellaban con obvia diversión, pero Panaka continuó.

—Si está en lo cierto, y fue un pirata, entonces Pestage es un participante conocido. Podría estar protegiendo su participación financiera en una operación ilegal de Naboo.

—¿Qué está sugiriendo, Teniente?

—Quiero poner a Sate Pestage bajo arresto.

Magneta asintió.

—Lo tomaré como un consejo. —Su tono era tranquilo pero cortante.

—Y también me gustaría informar a Veruna y al Senador Palpatine —continuó Panaka entrecerrando sus ojos—. Este asesino coruscanti no es una persona con la que quieran estar asociados.

—Suficiente. Eso será mi responsabilidad, no la suya.

Panaka frunció el ceño.

Magneta miraba distraídamente hacia Ohma-D’un. Panaka siguió su mirada, pero sus ojos vieron algo en el cielo directamente detrás de ella. La luz de la luna brilló de manera poco natural contra un punto metálico lejano sobre la cuenca. Panaka supo que solo podía ser un caza estelar N-1.

—Se preocupa demasiado, Teniente —le aseguró Magneta, poniendo una mano en su garganta.

Dos agujas rojas se emitieron desde el distante caza estelar. Un brote naranja de fuego creció rápidamente detrás de la pared de roca y salpicó rudamente sobre un lado, como tratando de alcanzar hambrientamente a los observadores distantes.

—Nos estamos encargando de todo.